http://www.librosaguilar.com/es/
Empieza a leer... Primeros capítulos

¿HAY SEXO DESPUÉS DEL MATRIMONIO?

En busca del orgasmo perdido

Esther Porta

Capítulo I

El gran día

> «Cásate demasiado pronto y te arrepentirás demasiado tarde».
>
> Thomas Randolph

Los hay clásicos: «En este y en todos los días que paséis juntos que la felicidad sea vuestra compañera siempre»; con rima: «Os deseamos muy sinceramente una unión duradera y permanente»; pretendidamente graciosos: «Os deseamos suerte y felicidad. Stop. Que os crezca feliz la barriga. Stop. Prósperas patas de gallo. Stop.»; personalizados: «¡Muchísima suerte! Fulano, cuídame mucho a mi chica preferida»; cursis: «Espero que al jarrón no le falten nunca flores, igual que a vuestra vida juntos no le faltará felicidad»; escuetos: «Salud y pesetas»,... pero ninguno de advertencia, de llamada de atención, de realismo descarnado. Y yo creo que aunque cabría pensar que la gente no escribe esos mensajes en las tarjetas de regalo de boda porque no es el lugar ni el momento, en realidad no lo hacen por maldad. Quizá hablar de maldad resulta un poco exagerado pero a mí me recuerda a los resultados de algunas encuestas:

—¿Tiene usted un momentito?

—Sí.

—¿Cree usted que debería suprimirse la Selectividad?

Buscas en tu disco duro y en el apartado Selectividad conservas recuerdos de pesadilla: un mes manteniéndote a base de Coca-Cola, Katovit y pocas horas de sueño tratando de estudiar todo lo que no has estudiado en el curso. Dos largos días de exámenes que arrojan un resultado que te puede arruinar la vida y tú, que ibas para biólogo, te ves estudiando Políticas. Horrible, aún se te ponen los pelos como escarpias. Aun así, contestas:

—No, me parece un buen método.

Pues eso pasa. Nadie te dice: no te cases, no sabes dónde te metes, ni nada por el estilo, se limitan a ir allí, tirarte arroz, cenar, beber más que un *hooligan* en sanfermines y brindar por tu felicidad futura cuando en el fondo todos piensan «te casaste y la cagaste, pero yo también lo hice así que... bienvenido al club». Y es verdad que el mismo día del enlace no parece muy propio para que alguien se ponga a contar las verdades del barquero (sería como la bruja mala que se carga los buenos deseos de Flora, Fauna y Primavera en *La bella durmiente)*, pero antes tampoco lo hacen... ¡ni tus mejores amigos! Y la gente sigue «picando»: en España, en 2001, contrajeron matrimonio la friolera de 206.254 parejas. Y éstas son sólo las que pasan por la vicaría o el juzgado, que habría que sumar a la gente que decide inscribirse como pareja de hecho o a los que, sin que conste en ningún lado, se lanzan a la aventura del «Contigo, pan y cebolla».

Total, que ahí estás tú, pensando que esta vez si que es amor de verdad, del de para toda la vida. Que quieres compartir todo lo bueno y lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad y, ni más ni menos que, ¡hasta que la muerte os separe! Muy fuerte.

E insisto: nadie te disuade. Al revés, te preparan una despedida de soltero/a, te compran un bonito regalo, se ponen sus mejores galas y te acompañan en tan glorioso día con la mejor de sus sonrisas.

Y además, no hay excusas que valgan, porque, actualmente y en esta sociedad, ya no existen ciertas prácticas, como el que sean los padres quienes concierten las bodas, que los contrayentes no hayan gozado de una intimidad previa... Aquí, la mayoría se aproxima a sus nupcias con un pequeño (o gran) *background*. La mayoría ha tenido noviazgos, rollos o flirteos —unos más afortunados que otros—, y mejor que sea así. Cuando se está metiendo un pie en la iglesia ya se sabe el pasado sentimental del otro —incluyendo esa lista negra que todos ocultamos—, lo de los ronquidos, el problemilla de gases... Pero, como ya comentaremos, hasta esas pequeñas cosas al principio son diferentes. Forman parte del encanto de tu novio/a, son tan dulces como aquellas pequeñas cosas a las que canta Serrat. Otra cosa de la que nadie te advierte es la «herencia» que te depara el enlace. No sólo cargas ya con tu novio para los restos (y, en cualquier caso, se supone que lo has elegido libremente), es que éste viene con el *pack* completo. ¿Que de qué hablo? De esa nueva familia que adquirimos. Porque aunque la propia no sea la de los Ingalls, al fin y al cabo, es la tuya, la conoces, le has cogido cariño... Pero al convertirte en un miembro más de La Otra, te das cuenta de que todos los *freakies* de la tuya (que, insisto, en definitiva son sangre de tu sangre) se quedan pequeños. Descubres con horror que has ganado otro hermano gorrón, otro tío pelma, otra tía tardo-franquista, una hermana con problemas y hasta puede que un caniche de 124 años que se frota en tu pierna cada vez que lo ves. Claro que quien se lleva

la palma es tu suegra (¿de verdad hay gente que consigue, con los años, llamarla mamá?). Todo el mundo piensa que es un topicazo lo de la madre política, que los chistes y chascarrillos que circulan son exageraciones... pero, cuando el río suena, agua lleva. Tú para ella siempre serás una intrusa, una rival. Hasta que tú apareciste, ELLA era la mujer más importante y querida para su hijito. Ella, que tantas veces le ha cambiado los pañales, que en incontables ocasiones no ha dormido porque Manolito no llegaba, que tanto se ha esforzado para que hoy sea un hombre hecho y derecho..., tiene que asistir, encima como madrina, al atraco a mano armada que supone que te lleves a su chiquitín para ti sola. En la boda suele llorar a moco tendido. Probablemente imagina las desgracias que le esperan a su joya: nadie le abrirá la cama, no comerá como Dios manda, no le subirán el tabaco y la prensa... Y, aunque hay de todo, y a unos se les nota más que a otros, todos los hombres tienen un pequeño complejo de Edipo, y, aunque tú estás bien para muchas cosas, no se han casado con su madre porque no han podido. Puede que seas la mismísima hija de Arzak, pero jamás cocinarás como ella; mientras tú cotilleas como una loca con las brujas de tu trabajo, lo de su madre es una dinámica de enriquecimiento mutuo con sus amigas...

—¿Qué te pasa?

—Nada, que mi madre le ponía una cosa a las camisas para que quedaran mejor...

—Sí, y también te planchaba los vaqueros con raya y así ibas de guapo.

—¡Cómo eres! Siempre aprovechando para meterte con ella, pobre. Por cierto, está un poco triste porque el caniche está enfermo. ¿Vamos mañana a comer a su casa?

Pero bueno, tampoco es que el matrimonio sea la peor idea del mundo. Tiene sus cosas buenas: con un poco de suerte e invitados rumbosos, te decoran la casa; tú, que siempre has quedado eclipsada por tu amiga super maciza, eres ese día la protagonista indiscutible. Te has gastado un pastizal en el vestido, el peinado, el maquillaje... para unas horas, pero ha merecido la pena (no siempre, quien inventó lo de que No hay novia fea debe ser el mismo que acuñó la falacia de que El dinero no da la felicidad); por fin consigues que tu chico baile agarrado, subirte en un cochazo y dormir (y consumar el matrimonio) en una *suite*. De hecho, cuando, a los pocos días, tus amigos, tus compañeros de trabajo... te preguntan aquello de «¿Qué tal de casada?», contestas muy ufana que todo es igual, que nada ha cambiado, que se ha tratado de una fiestecita para celebrar con amigos y familiares el haber encontrado a tu media naranja. Craso error. Nada es diferente pero antes existía el recurso de dar un teatral portazo al coche o a su casa e irte muy digna a la tuya o la de tus padres y castigar a tu amado con la ausencia. Ahora... ¿adónde vas a ir? ¿al baño? ¿al bar de la esquina, que, por cierto, cierra pronto? Tu único recurso es tratar de ocupar los menos centímetros posibles del extremo de los 135 que compartes con tu maridito. ¿Y qué me dices de los 180 euros que ibas a desembolsar en esos zapatos de ensueño? Acuérdate de las moneditas esas que te prestó tu madre para el día «D». Algo dijo el cura de que eran un símbolo de los bienes que íbais a compartir... Y él no calza un 38 ni se pone tacones, afortunadamente, y, además, ahora, todo (y «todo» incluye los euros) es de los dos. Por otro lado, eso de retirarte definitivamente del mercado también resulta un poco duro, y al tipo estupendo que coquetea contigo en la cafetería,

¿qué le vas a decir?, ¿qué estás sólo un poco casada?, ¿qué en realidad eres una mujer libre y sin ataduras?

Pero no, todavía es pronto y una no se da cuenta, a esas alturas estás todavía en la luna de miel (el último de los grandes viajes románticos) y aparentemente nada ha cambiado, seguís siendo esa pareja feliz que hubiera proporcionado a Barbara Cartland material para una tetralogía.

Yo estoy de acuerdo con aquello de «No es bueno que el hombre esté solo», ¡claro!, ¡si no saben distinguir una lavadora de un microondas!, ahí nadie dijo nada de las mujeres, a nosotras nos gusta la boda, pero lo del matrimonio... En los primeros meses de convivencia no se nota nada raro y, aunque veas verdaderas «guerras de los Rose» a tu alrededor, siempre piensas que a ti no te pasará. Pero recuerda, cuando veas el álbum repujado o el vídeo hortera, que de ir blanca y radiante, pasarás, en los próximos años, a ir de blanco si te apetece y a irradiar cólera y mal rollo hacia tu esposo en innumerables ocasiones. Eso sí, también habrá veces en que muy elegante y cogida de su brazo, seas tú la que, con una sonrisa al estilo Simone Signoret en *Las diabólicas*, arroje el arroz a otra pareja de incautos.

Pero, bueno, estábamos hablando de la boda propia. Parecía que no iba a llegar nunca pero la cuestión es que, por fin, ha llegado el día más feliz de tu vida, ése con el que has soñado desde que te regalaron la Barbie-noviamonísima cuando tenías diez años. Has estado seis meses preparando cada detalle, desde el diseño de las invitaciones, hasta la última flor que va a decorar el altar mayor donde el cura os va a unir para toda la vida.

Absolutamente todo lo has ido supervisando, en jornadas de catorce horas diarias, personalmente, con sumo

cuidado. Y digo PERSONALMENTE porque tu «churri» siempre tiene un jaleo en la oficina, un problemón con el coche, una comida con unos clientes, o una partida de póquer ineludible que lleva posponiendo desde hace meses con los amigotes, que tú, que eres tonta y, además, no tienes nada que hacer en todo el día, no te puedes ni imaginar.

Es el mes de mayo y el jardín donde lo vais a celebrar es superromántico... por la mañana se acercan unos nubarrones negros como el chapapote que te hacen recordar la sonrisa impecable con la que el hombre del tiempo anunció un fin de semana primaveral de campo y playa. Te empiezas a poner más nerviosa (nerviosa a secas ya estabas desde que has abierto un ojo) y tienes el primer *round* con tu madre, que, desde luego, está peor que tú; cuando ambas estáis al borde del ataque almodovariano llamas a tu novio en busca de apoyo pero no está en casa y tiene el móvil apagado hasta las dos de la tarde. El pobre angelito salió ayer con los del póquer y se quedó inconsciente en el sofá de casa de no sé quien... habrá que creérselo, que hoy nos casamos; por cierto, ¿a qué hora tenía que estar en la peluquería? ¡hace veinte minutos!

Ya peinada y malcomida (un bocata entre los rulos y las mechas) te vistes y tienes el cuarto *round* con tu madre, la cosa está igualada aunque al final de la noche quizá la ganes a los puntos. El problema con el ramo, que se te había olvidado en la floristería, ya lo has resuelto mandando a última hora a un primo tuyo que vive al lado y que todavía estaba en pijama y ha llegado cuando el dependiente estaba echando el cierre, así que tu primo se ha llevado las flores, pero su padre no ha tenido tanta suerte.

Los pájaros cantan, las nubes se levantan y te llegan noticias de que tu novio ya está camino de la iglesia, todo vuelve a la normalidad, llega tu coche, un cochazo lujosísimo, desde luego, y entre el lío que te haces con el vestido para meterte y el empeño de tu madre por salir antes de lo que tu querías, por fin, llegáis al insulto personal mientras el conductor baja la cabeza y no se atreve ni a mirar por el retrovisor.

—¡Histérica!

—¡Tú sí que estás histérica!

—Ya, pero es que yo me caso en veinte minutos.

La ceremonia sale fantástica excepto cuando un sobrino de tu novio, que tiene dos años, mete la cabeza (grande) entre dos barrotes de la barandilla del coro y no la puede sacar, sobrecogiendo a todo el personal con un grito inhumano. El hecho de que tu novio se haya olvidado las alianzas en el coche y tengáis que pensar en colocaros unos Filipinos que se está comiendo un niño que no conoces de la tercera fila, lo soluciona un amigo que sale como un rayo y os trae los anillos cuando estábais a punto de convencer al de los Filipinos. La música, esa bonita selección que habías hecho para los momentos cumbre, no entra a tiempo ni una sola vez pero, ¿quién se va a enterar, si nadie sabía cuándo tenía que haber entrado?

Luego llega lo del arroz (afortunadamente, a nadie se le ocurre llevar garbanzos como en la boda de tu prima Loli, que mira que reísteis cuando dejaron tuerto al tío Eduardo), es entonces cuando tu novio te presenta a la mitad de los invitados que no conocías y tu madre a la otra mitad, a los que tampoco habías visto en tu vida, pero que son unos primos a los que tus padres quieren como a hermanos y unos compañeros de oficina de tu padre que le habían invitado a él a las bodas de sus hijos.

—Encantada de conocerle.

—Hija, no seas tan cumplida, si yo te tuve en mis rodillas una vez cuando eras un renacuajo que no sabías ni atarte los zapatos.

—Ya, pues por eso.

Interviene tu padre:

—Hija, te voy a presentar a mi primo Alfonso, del pueblo.

—¿Ese no es el que se quedó con toda la herencia de tu tío aprovechando su demencia senil y que sabía falsificar su firma?

—¡Qué hija más bromista tengo! Ha sacado el sentido del humor de su abuelo Juan.

—Ése es el que se jugó a los dados a su mujer en una noche de borrachera, ¿no?

Y es que las bodas son una ocasión extraordinaria para reencontrarse con la familia y recordar a los que ya no están (que Dios los tenga en su gloria).

Éste es también el momento de las bromas más originales y agudas (aunque probablemente las más sinceras):

—No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—Pues pregúntaselo a tu mujer, que lleva catorce años casada contigo.

Y el momento en el que a tu hermano, después de que se lo hayan preguntado catorce veces, le entra tu tío el facha:

—Bueno, y a ver tú, para cuándo...

—Tío, yo soy gay, y éste es mi novio, José Ramón.

Cuando por fin te sientas a cenar es cuando realmente te das cuenta de que ése es tu día. Te has pasado dos horas saludando a más gente que el Rey el día de su santo sin que nadie te acercara una maldita gamba, pero ahora llega tu pequeña venganza y, desde tu mesa ancha y

larga en la que apenas estáis seis o siete personas, ves hacinados a tus amigos, a los que no les cabe ni el tabaco en la mesa atestada de platos, copas, cubiertos y hasta la taza de café, que la tienen puesta antes de sentarse. Te has negado rotundamente a que te reciban con la marcha nupcial en el comedor, a cortar la tarta, cogidos de la mano, con un espadón toledano y, por supuesto, a que le corten la corbata a tu marido (efectivamente, tu marido), pero de lo que no te escapas ni de coña es de los diez o doce «¡vivan los novios!», cada vez más altos y desafinados (a los que respondes saludando con la mano tonta, como Franco), ni de los cuatro o cinco «¡que se besen!», hasta que finalmente ponéis carita de tontos y os dais un casto piquito en los morros para regocijo de la audiencia (los más burros, o borrachos, siguen pidiendo a voces un tornillo en condiciones).

Otra tradición a la que no has podido renunciar es el famoso lanzamiento del ramo. Tu amiga del cole te lo ha pedido y está situada en primera fila, tú la miras, te das la vuelta, mides la dirección y fuerza del viento, sopesas el ramo y... allá va. Tu amiga, que tiene novio desde los diecisiete años, está que se le saltan las lágrimas al acariciarlo con los dedos, pero aparece tu prima la gorda (que también tiene derecho a casarse, por cierto), saca el trasero como Fernando Romay, abre los codos como Sabonis, estira el brazo como Pau Gasol y atrapa el rebote dejando atónitos a los espectadores y despanzurradas por el suelo a sus competidoras.

Y por fin llega la fiesta, los mayores que se van despidiendo, excepto tu tío, el que engañó a tu tío-abuelo, que no se separa de la barra y ya tiene la nariz roja como un pimiento; l@s adolescentes, que se persiguen por la sala hasta que terminan vomitando abrazados a la taza del

váter porque les ha sentado mal la mezcla del puro y las copas; el camarero, que se toma un cubata por cada tres que sirve; los compañeros del trabajo de tu marido, que le cantan alguna canción de hombres y en la que tú no quedas muy bien parada; tu prima la fresca, que aprovecha un baile con él para declararle lo mucho que le ha gustado siempre; el noviete de la infancia, que te va repitiendo lo alucinante que le parece verte ya casada al mismo ritmo que consume los gin tonics; y los amigos que se te escapan, demasiado pronto, sin que hayas tenido un minuto para charlar con ellos. Finalmente, en algún lugar, ahí afuera, la Guardia Civil espera pacientemente para ponerse las botas con los controles de alcoholemia.

Ya está amaneciendo y te vas con él a la *suite*, en la que os quedáis fritos porque estáis agotados... Antes, cuando la gente llegaba virgen al matrimonio, imagino que la noche de bodas tendría su aquel, pero hoy día... La mercancia adquirida ya está probada y, entre los nervios que has pasado, el día tan largo, la mezcla de diversos alcoholes que corren por tus venas, el dolor de pies por no haber estrenado antes los zapatos..., la verdad es que, cuando al fin coges la horizontal, no es el mejor momento para consumar el matrimonio. Sin darte cuenta ya estás cayendo bajo el influjo matrimonial en ese sentido: dejar el coito para mañana. Por cierto, Manolito, por Dios, ¡cómo roncas!, nunca me había fijado; en fin, mañana será otro día.

Mañana llega y es probable que Manolito, que se vistió en su casa, no se haya acordado de llevarse ropa de paisano a la *suite*. Conozco a uno que, en esa situación, para no dar el cante con el chaqué, prefirió darlo a lo grande y no se le ocurrió nada mejor que echarse el abrigo de

su señora encima y salir a comprar el periódico y desayunar un chocolate con churros. El churrero quedó tan impresionado con la visita que todavía está en tratamiento psicológico, aunque lo de las manos en el aceite hirviendo ya se le pasó. Pero esto ya es otra historia, esto es la vida de casados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito